

Homenajes

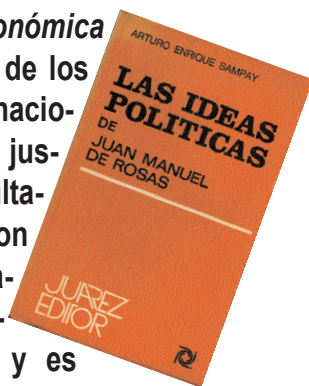
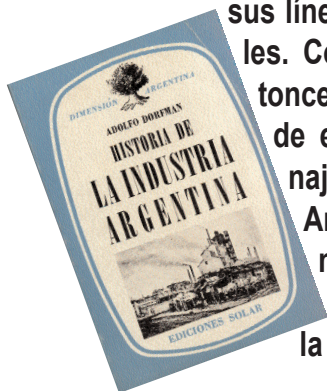
Dos inspiradores de *Realidad Económica*: Arturo E. Sampay y Adolfo Dorfman

*Alfredo Eric Calcagno**

Los 200 números de *Realidad Económica* marcan una trayectoria de afirmación de los derechos humanos, de la soberanía nacional, del crecimiento económico y de la justicia social. Esta orientación es el resultado de la acción de quienes establecieron

sus líneas fundamentales. Corresponde entonces recordarlos y es

de estricta justicia rendir homenaje a dos de sus mayores inspiradores: Arturo Enrique Sampay y Adolfo Dorfman, cuyo pensamiento y ejemplo fueron esenciales en la orientación y la calidad académica de la revista.



* Vicepresidente del IADE. Ex funcionario de Naciones Unidas en CEPAL y UNCTAD. Autor de 18 libros y numerosos artículos.

Arturo Sampay, pensador del realismo político

A mi juicio, Arturo Sampay fue el más importante pensador político argentino del siglo XX. Para demostrarlo está su obra escrita y sus discursos como miembro informante de la reforma constitucional de 1949. Sampay fue el primer director de *Realidad Económica*, función que cumplió hasta su fallecimiento. En política, Sampay fue un realista. Veamos qué quiere decir esto.

Frente a la política idealista, que preconiza lo óptimo aunque sea irrealizable y siempre lo posterga para el futuro, plantea el realismo político. Sintetiza el tema en la Introducción a su libro sobre *Las inflaciones en nuestra época* (Ediciones Política, Buenos Aires, 1958). Afirma que “el rasgo específico de las concepciones políticas modernas reside en el idealismo que emerge de una visión enteramente optimista de la naturaleza humana. En este aspecto, dichas ideas son tributarias de Rousseau, quien concibe que los hombres son, de modo absoluto, buenos, altruistas e iguales. Si la observación de los hechos no confirma esta premisa, se debe a que las organizaciones políticas y sociales deforman a los hombres: adventiciamente los convierten en egoístas”.

“Como consecuencia de tales presupuestos, el obrar político debe ser radical en los procedimien-

tos y nihilista del pasado. Radical en los procedimientos, porque para que los hombres y las naciones se regeneren es preciso sustituir de raíz las estructuras sociales causantes de la esclavitud y de la desigualdad entre los hombres. Nihilista del pasado, porque la creación revolucionaria debe interrumpir el flujo de la historia sobre el presente y el porvenir”.

Sampay refuta el “idealismo ingenuo que sólo vive en el mundo de las ideas abstractas, ya que no tiene vigencia en la realidad práctica”. Esta afirmación puede ilustrarse con lo que ocurre ahora con la economía neoliberal, cuyo funcionamiento utópico sostiene que en una primera etapa, la presente, habrá sacrificios para la mayoría; después, en un futuro indefinido, los beneficios de los privilegiados se derramarán sobre los de abajo. El concepto es simple y funciona como argumento ideológico: a cambio de una ilusión de mejoramiento futuro, lo peor se acentuará para casi todos. Encantadora perspectiva, si no fuera que lo único que se vive es lo inmediato. La gramática es reacia a las mentiras: se vive en presente indicativo, no en futuro indefinido. De nada valen las disquisiciones sobre cómo deberá ser la sociedad del futuro, para pueblos que se desintegran y se están quedando sin país.

Sampay define el realismo político de modo magistral: “El realismo, pensamiento político clásico

de Occidente, cuyos elementos constructivos provienen de la religión de Israel, de la antropología filosófica griega y de la filosofía jurídica romana, considera que el hombre es un ser en distensión permanente entre los requerimientos de sus pasiones egoístas y los imperativos de la conciencia que le señalan el bien que debe perseguir con su obrar social. Por eso considera legítimo que la comunidad política tenga potestad directiva y coactiva sobre sus miembros. Por la misma razón, reconoce que el incentivo individual y la propiedad privada constituyen los mejores propulsores de la riqueza social; pero por ello también sabe que ese móvil egoísta no puede dejárselo desenfrenado, sino que se lo debe controlar, encauzar, limitar, para que las personas emprendedoras no exploten a los económicamente débiles, y para que los bienes que contribuyen a crear con sus actividades e iniciativas sean repartidos equitativamente entre todos". Concluye Sampay: "Por tanto, el obrar político, según el realismo, debe acomodarse a las circunstancias históricas y locales, y debe tender al desarrollo orgánico de cada ser nacional".

El realismo político se manifiesta en diferentes planos: el conceptual, el del método y el de la acción.

En lo conceptual se suele denigrar el realismo político, al que se le atribuye una carga de confor-

mismo y de oportunismo. Es un grueso error. Ser realista no significa aceptar lo que hay como si fuera lo único posible, como un dato inmodificable; esta visión es falsa, porque niega la historia y desvirtúa el realismo. Este concepto es, en nuestra argumentación, mucho más simple: consiste en darse cuenta de la realidad tal cual es, sin anteojeras ideológicas ni conceptos metafísicos, como la fe neoliberal. El conocimiento de una situación no supone su aceptación, así como la ignorancia no implica sentido crítico.

Si no se tiene el poder necesario para influir en los acontecimientos, el realismo político sirve como instrumento para cumplir con una etapa fundamental, que es la de conocer y entender la realidad. Cuando no se puede transformar el mundo, interpretarlo puede ser un camino válido, puesto que el punto de partida de toda acción política es la realidad, no la fantasía.

En cuanto al método, el realismo político se basa sobre un conocimiento lo más exacto posible de la realidad y considera a todos los factores que intervienen en la ejecución de los actos políticos, desde la naturaleza humana hasta la política internacional, pasando por los individuos, la familia, las clases sociales, los partidos políticos y otras instituciones.

En una etapa diferente, para evaluar el resultado de políticas, el análisis realista observa los he-

chos, el impacto sobre la población, en particular si le dieron mayor bienestar y libertad de acción a los grupos involucrados y si fortalecieron a la sociedad y a la nación. Le importa más saber qué pasó con los objetivos de fondo, no tanto lo que ocurrió con los instrumentos. En este punto se marca una diferencia sustancial con los neoliberales, que sólo se ocupan de los instrumentos, a los que confieren jerarquía de objetivos.

Estos tres principios del realismo político -el conceptual, el del método y el de la acción- fueron cumplidos siempre por Sampay. Veamos algunos ejemplos.

Primero, plantea de modo realista lo esencial de la revolución de nuestro tiempo: "El ser humano va colmando su ansia natural de justicia en la medida en que aumentan su cultura y la producción social de los bienes que satisfacen sus necesidades, y que la progresiva realización de dicha virtud imprime sentido al desenvolvimiento de la civilización. Por tanto, en un mundo de escasez no es dable llevar plenamente a término la justicia, puesto que en él no hay ni puede haber bienes suficientes para todos, debido a las atrasadas técnicas de producir; ni tampoco todos pueden ser iguales y libres, ya que forzosamente, sobre la base de la absoluta dedicación del grueso de la gente a la producción material, puede un pequeño grupo, así liberado de esa dedicación absorbente y de las necesidades

materiales, ocuparse del gobierno de la comunidad y de la producción espiritual, atento a que sin producción espiritual no hay progreso de la civilización, incluido en este progreso el de los instrumentos de trabajo". (*Las constituciones de la Argentina – 1810-1972*, Eudeba, Buenos Aires, 1973, pág. 4).

Sampay no sólo daba una explicación realista a los movimientos históricos de largo plazo, sino también a acontecimientos históricos de los que fue protagonista.

Con respecto a la Constitución de 1949, la razón de ser de su sanción y de su derogación fueron explicadas por él en la Introducción a su libro *Las Constituciones de la Argentina, 1810-1972*. "En síntesis -afirma Sampay- la llamada Constitución de 1949 se proponía hacer efectivo el gobierno de los sectores populares y liberar al país del imperialismo, estatizando el manejo de los recursos financieros, de los recursos naturales y de los principales bienes de producción, con la finalidad de ordenar planificadamente para conseguir un desarrollo autónomo y armónico de la economía, que concediera bienestar moderno a todos y a cada uno de los miembros de la comunidad. Apuntaba, pues, a consumir en la Argentina la revolución social requerida por el mundo contemporáneo".

A continuación explica lo que ocurrió en la realidad: "La reforma constitucional de 1949 no organi-

zó adecuadamente el predominio del poder político por los sectores populares, debido, primero, a la confianza que los sectores populares triunfantes tenían en la conducción carismática del general Perón. Y segundo, al celoso cuidado que el propio general Perón ponía para que no se formara paralelamente al gobierno legal un coadyuvante poder real de esos sectores populares, a fin de conservar el carácter pluriclasista de su movimiento, por lo que el nuevo régimen iba a durar hasta que la oligarquía cautivara a los oficiales de las fuerzas armadas; porque es rigurosamente exacto lo que expresa Aristóteles, que el que tiene en su poder las armas decide la permanencia o no del régimen político. Tal era, entonces, el talón de Aquiles de la mentada reforma, la cual, precisamente como Aquiles, fue muerta por el enemigo en la flor de la juventud a causa de tener vulnerable nada menos que su soporte”.

Su análisis realista se refiere también a la acción del Estado: en su discurso como miembro informante del despacho de mayoría en la Convención Constituyente de 1949, expresa Sampay: “La realidad histórica enseña que el postulado de la no intervención del Estado en materia económica, incluyendo la prestación de trabajo, es contradictorio en sí mismo. Porque la no intervención significa dejar libres las manos a los distintos grupos en sus conflictos sociales y económicos, y por lo mismo,

dejar que las soluciones queden libradas a las pujas entre el poder de esos grupos. En tales circunstancias, la no intervención implica la intervención a favor del más fuerte, confirmando de nuevo la sencilla verdad contenida en la frase que Talleyrand usó para la política exterior: ‘la no intervención es un concepto difícil; significa aproximadamente lo mismo que intervención’”.

Con respecto al caso concreto del intervencionismo económico en la Argentina decía: “Nuestro país ha sido objeto de un intervencionismo económico o, si se quiere, de un dirigismo económico, por parte de los países altamente desarrollados a través de la llamada ‘economía libre’ y sus resultados están a la vista”. “Una deuda externa de varios miles de millones de dólares, deuda impagable contraída a favor de los países altamente desarrollados y que agobia al pueblo argentino, nos ha sido impuesta por ese mismo dirigismo económico. Por último, todo lo que consumió de menos el pueblo argentino, siguiendo los dictados de ese dirigismo extranjero, no aparece como más en las inversiones de nuestro país, sino en las de esos países altamente desarrollados, pues más de 3.000 millones de dólares de argentinos hay colocados en el extranjero. Todo lo cual es natural que así sucediera, pues el dirigismo económico tiende al beneficio de quien lo realiza: si el poder político es detentado por el pueblo argentino,

a favor suyo, si por fuerzas foráneas, a favor de ellas”. (Conferencia en la central de la CGT el 21 de agosto de 1964). ¿Qué diría hoy Sampay, con una deuda externa de 140.000 millones de dólares, con más de 100.000 millones de dólares propiedad de argentinos en el exterior y con el FMI dictando nuestra política económica?

Otro rasgo de realismo es su interpretación acerca de las formas de dominación entre países. Decía Sampay en 1964: “La manera moderna con que el país de desarrollo avanzado controla, gradúa y conforma la economía del país in-desarrollado, no es ya mediante la anexión pura y simple del territorio de éste, como fue el método durante los siglos XVIII y XIX, sino manejándole su propio crédito y moneda. En efecto, el desarrollo de un país se desenvuelve a través de su política de inversiones, y quien da las órdenes sobre el crédito y sobre la expansión o contracción de la circulación monetaria, tiene en sus manos el desarrollo de ese país y lo maneja de manera imperceptible pero firme, como los dedos del titiritero los movimientos del títere”. (Conferencia en la central de la CGT el 21 de agosto de 1964).

En una oportunidad histórica de confusión y degradación de la vida política, Sampay sostenía que había que levantar una política de principios. “A los tahúres no debemos tratar de trampearlos, porque

en ese terreno siempre van a ganar ellos. En cambio, la política de principios les es desconocida y es allí donde debemos combatir.” Cuánto ayudaría ahora para dar esa batalla, su presencia de filósofo y cientista político, conocedor de la naturaleza humana y de la historia, de la filosofía y del derecho, de la política y de la economía.

El pensamiento de Sampay ha de perdurar. Por su obra académica medular, que tiene como eje la *Teoría del Estado* y se completa con decenas de libros en los que analizó con erudición y lucidez la situación nacional y mundial; y por su acción política, que pasó a la historia con la Constitución de 1949. Puede aplicarse al Dr. Sampay la frase que él mismo le dirigió a Luis Alberto de Herrera: “Que yo sepa, es usted el más vigoroso pensador realista que presenta el retablo de las ideas políticas de la América hispana contemporánea”.

Adolfo Dorfman: historiador e ideólogo de la industria nacional

La vida y la obra de Adolfo Dorfman son ejemplares: durante toda su vida mantuvo sus ideas económicas, sociales y políticas, y las defendió con rigor técnico y apasionamiento humano. Fue el primer funcionario argentino que se desempeñó en la sede inicial de las Naciones Unidas; después

Raúl Prebisch lo llevó a la CEPAL, con el doble propósito de incorporar a un eximio técnico y a la vez de sustraerlo a la persecución ideológica que el nefasto senador Mac Carthy había instalado en las Naciones Unidas de Nueva York. Siempre se dedicó a la docencia y a la investigación; tanto, que a los 95 años de edad dirigía tesis en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires. Su obra es amplia y original. Fundamentó la necesidad de industrializar nuestros países en una época en que prevalecía la opinión opuesta; estableció con claridad la equivalencia entre industrialización y desarrollo.

Adolfo Dorfman es el primer historiador de la industria argentina. Su libro pionero *Historia de la Industria Argentina* (Buenos Aires, 1942)* es un clásico en la materia; de él y de su trabajo sobre "La industria argentina en una sociedad en cambio" (*Realidad Económica*, N° 112, noviembre-diciembre de 1992) extraigo la síntesis de su pensamiento sobre la industria que expongo a continuación.

Dorfman se remonta a los comienzos de la industria argentina y señala sus distintas etapas. El 2 de septiembre se celebra el día de la industria argentina. Los estudiosos de los orígenes de la fecha (2 de septiembre de 1587) la seña-

lan como el momento en que se efectuó el primer embarque de productos elaborados del norte argentino, principalmente Tucumán, seguramente artesanías indígenas. Recuerda que casi tres siglos después, en pleno desarrollo de los efectos de la Primera Revolución Industrial, alrededor de los comienzos del siglo XIX, tuvo lugar lo que debe marcarse como una temprana muestra de la triangulación del comercio internacional en la historia del capitalismo industrial. El Río de la Plata exportaba al Brasil tasajo y carne salada para que los esclavos negros de los ingenios azucareros pudieran alimentarse y producir azúcar que se exportaría al Reino Unido, para que los obreros británicos pudieran comer y trabajar produciendo bienes. Después, los productos británicos serían exportados a nuestras regiones, compitiendo con las artesanías del norte argentino que abastecían la Pampa húmeda en condiciones de altos precios del transporte, que serían desalojadas del mercado.

Asimismo, al margen de las raíces históricas, examina los antecedentes de la actual situación industrial. Un período relevante es el que va desde fines del siglo XIX hasta la primera guerra mundial. Allí existen tres fechas importan-

* En 1970 fue reeditado por Ediciones Solar, Biblioteca Dimensión Argentina. Esta edición es una reelaboración de la obra publicada con el mismo nombre por la Escuela de Estudios Argentinos, Buenos Aires, 1942, con el agregado de varios capítulos de *Evolución industrial argentina*, Losada, Buenos Aires, 1942.

tes, que son las del primer Censo Industrial relativamente completo, que es el de 1895. La segunda fecha es la del Censo Industrial de 1914, que corresponde a la primera posguerra mundial. La tercera es la del Censo Industrial de 1935 y las estadísticas que lo actualizaron en 1937 y 1939, que corresponde al período previo a la segunda guerra mundial.

Distingue un primer período que va desde 1890 hasta los años 1930. Hacia fines del siglo XIX, como resultado de la masiva inmigración europea, comienza una incipiente industria. Se trataba de fundar un país agrícola; pero surgieron actividades metalmeccánicas que acompañaron el trazado de las vías férreas y el mantenimiento del material rodante. No se procuraba industrializar, sino trasladar las cosechas; pero naturalmente aparecía la industria. Antes de la primera guerra mundial surgieron la industria frigorífica y tareas conexas. Entonces, la industria debía representar entre el 5 y el 10% del producto interno bruto.

Las principales actividades eran las ligadas con la alimentación, el vestido y la vivienda, que competían con las importaciones. Estas características permanecieron durante los casi 20 años que transcurrieron entre los dos censos. La mayoría de los empresarios eran inmigrantes recientes; los establecimientos eran pequeños, muchos de ellos semiindustriales o artesanales y las materias primas de ori-

gen agropecuario. La mecanización era restringida y se aplicaba a la molienda de la caña de azúcar o del trigo y desde 1914 a los frigoríficos; los subsectores metalmeccánico y químico son rudimentarios. Dos ejemplos: la lana se exportaba sin lavar y los cueros crudos; al mismo tiempo se exportaba el tanino, al precio de la casi extinción del quebracho en amplias áreas.

El segundo período que distingue Dorfman es el que comienza hacia la mitad de los años 1930, durante el cual la actividad fabril se va convirtiendo en el eje del desarrollo económico argentino y su producto bruto iguala al generado por el campo. Fuera de algunas agroindustrias tradicionales de exportación, se produce para el mercado interno; pero se depende de las importaciones para disponer de insumos intermedios metálicos y químicos y de maquinarias y equipos. No existe una política industrial, pero de todos modos mejora la infraestructura. Además, existió una fuerte barrera aduanera, implantada para mitigar la crisis en el balance de pagos externo y no como herramienta de desarrollo industrial; pero, cualquiera haya sido el objetivo, comenzó un proceso de sustitución de importaciones.

Sintetiza Dorfman: hacia 1935 predominaron las industrias “vegetativas”, que producen bienes de consumo no duradero destinados al mercado interno; se inicia

un proceso de creación de industrias dinámicas, en especial las electro-metal-mecánicas y químicas, con el predominio de la miniempresa y el armado; sobresale la empresa unipersonal o familiar, que coexiste con empresas extranjeras, atraídas por la protección arancelaria y la pequeña pero suficiente demanda local; existe un retraso en los bienes de insumo intermedio metálico y químico y de bienes de capital.

Después de relatar los comienzos trabajosos y en un contexto no siempre favorable, Dorfman se refiere al auge de la industria a partir de la segunda posguerra: desde 1945 a 1950, la situación cambió de modo drástico. El número de establecimientos industriales se triplicó y el personal empleado no llegó a duplicarse; se multiplicaron empresas relativamente pequeñas, que abarcaron todos los subsectores y ramas industriales. La ocupación industrial subió de modo constante, hasta llegar a un máximo de 1.700.000 trabajadores en 1974.

Con respecto a las diferentes ramas industriales involucradas, Dorfman señala que antes de la segunda guerra mundial, la industria de la alimentación concentraba cerca de un tercio de los establecimientos, una proporción algo menor del empleo y más del 40% del valor producido; en la posguerra, el porcentaje de establecimientos de esa rama industrial cayó a la mitad, el empleo fue

del 20% del total industrial y el valor de producción osciló entre el 20 y el 25%. ¿Qué sectores crecieron? Los cambios cualitativos más importantes se produjeron en las industrias dinámicas, en especial la electro-metal-mecánica. Su contribución al empleo y la producción superó el tercio de los totales respectivos de la industria, con importantes efectos estratégicos. Fue importante también la sustitución de importaciones en todas las ramas de la indumentaria; se integraron totalmente las actividades del vestir y el calzar, hasta la fabricación nacional de la maquinaria requerida. La industria en su conjunto, tanto por los efectos hacia atrás (empleo de insumos nacionales) como para adelante (generación de puestos de trabajo y satisfacción de demandas internas) fue el eje del desarrollo nacional de ese período, que termina a mediados de los años 1970. Su contribución al producto interno bruto llegaba a un tercio y daba empleo a más de la cuarta parte de la población económicamente activa.

El problema no se circunscribe a las ramas productivas. Existen diferentes problemas fundamentales a los que también se refiere Dorfman. Se trata de otros aspectos ligados con la industria pero de repercusiones políticas y sociales tales como la distribución territorial de las actividades y la naturaleza de los dueños de las empresas. Siguió prevaleciendo la concentración en dos o tres

grandes centros; se estableció un eje La Plata-Rosario pasando por el Gran Buenos Aires. Existe allí concentración del poder adquisitivo y de los poderes públicos, peso de los centros de salida e ingreso de los bienes y servicios; además es el imán que atrae fuertes migraciones internas.

En cuanto al tipo de propietarios en esta etapa de auge, a la par del empresariado nacional, tomó impulso la inversión extranjera en los campos dinámicos y se consolidó la actividad industrial del sector público, en varios sectores y por causas diferentes.

El auge industrial como modelo productivo y como base de hegemonía política terminó en 1975-1976 y la situación ha empeorado desde entonces. Para Dorfman los males que ahora padece simultáneamente la economía argentina toda -no sólo la industria- son: primero, extranjerización de la producción en forma directa o indirecta; segundo, primarización de las exportaciones, a expensas de las que poseen mayor valor agregado, especialmente del componente cerebrointensivo; tercero: ausencia de medidas de fomento industrial, dentro de una política económica general autónoma y sostenida a lo largo del tiempo; cuarto: destrucción masiva de los emprendimientos pequeños y medianos, o su degradación.

Afirma Dorfman que no es una novedad constatar que la industria argentina hasta 2002 pasó sus

peores momentos desde el tratamiento de *shock* de Martínez de Hoz. Su actividad fue errática y cayó; entretanto, el empleo siguió bajando y se multiplicaron los despidos, cierres parciales y la creciente extranjerización de las empresas locales, con lo que más que un aporte genuino de nuevos capitales -que, en escala menor también tiene lugar- se trata de un cambio de propiedad. Se produjo el éxodo de plantas fabriles al Brasil y fuera del bloque. Las exportaciones de origen industrial se centraron principalmente sobre el intercambio intrasectorial automotor. El margen que quedaba para otro tipo de actividades era escaso y carecía de perspectivas, al no mediar una activa presencia del Estado y de las universidades en todos los frentes, en pos de la radicación de industrias cerebrointensivas. Si existieran esos requisitos, podría esperarse la recuperación por parte de la industria de transformación de su papel de motor dinamizador en otros sectores productivos. A ello contribuiría la difusión de plantas cuyos requerimientos de inversión están al alcance del capital local, volviendo huecas las declaraciones oficiales de la urgencia y conveniencia de atraer capitales del exterior, a cualquier costo.

Aclara Dorfman que no está proponiendo reconstruir un tejido industrial que, bien o mal, funcionó, cumplió su misión de proveer servicios a la industria y producir diversos bienes con generación de

empleo, no siempre eficiente ni productivo. Se trata de generar una novedosa trama industrial, basada sobre la cerebrointensividad, eficiencia, conocimiento, imaginación creativa. Esa trama industrial desempeña un papel mucho más estratégico que grandes emprendimientos aislados en bolsones, incomunicados o deficientemente eslabonados vertical, horizontal y radialmente con el resto de la industria y todo el aparato productivo nacional; su impacto es negativo a largo plazo en el balance de pagos y poco contribuye a crear empleo estable.

Puntualiza Dorfman que existen dos campos en los que debe operarse simultáneamente con el objeto de lograr calidad y competitividad. El primer proceso debería cumplirse dentro del ámbito del establecimiento, por así decir “puertas adentro”. Ese es del dominio exclusivo de la acción gerencial en pro de la elección afortunada, óptima del proceso de producción, de la tecnología apropiada, del flujo de información, del trabajo, de las conexiones entre las diferentes fases operativas: adquisición de insumos, despacho de productos terminados a las bocas de expendio. El segundo proceso es de responsabilidad estatal y consiste en las economías externas (transporte, suministro de energía eléctrica, comunicaciones).

Por último, Dorfman retoma la idea de Carlos Pellegrini en el sentido de que “sin industria no

hay país”. Y completa la frase: “no hay industria sin país que ofrezca infraestructura que pueda funcionar en condiciones óptimas económicas y sociales”. Y termina: “La solución es un gobierno consciente de su mercado interno y con la certeza de que podemos y debemos tener industria”.

Convergencia de los enfoques de Sampay y de Dorfman

A través de la breve reseña enunciada se advierte la trascendencia y la complementariedad de los planteos de Sampay y de Dorfman. En ambos prevalece el sentido de justicia, la defensa de la soberanía, el resguardo del interés nacional, el desarrollo económico y la homogeneidad social. Sampay fundamenta la necesidad de realismo político y del funcionamiento de un Estado como el que diseñó en la Constitución de 1949. A su vez, Dorfman combate por la jerarquización del sistema productivo a través de la industrialización y por una acción relevante del Estado. El pensamiento de ambos ha regido a *Realidad Económica* desde su fundación; más aún, en sus páginas maduraron y escribieron su pensamiento. Por eso, es justo que en el número 200 de la Revista se recuerden sus ideas y se reitere el compromiso de seguir pelando por ellas. Ese es el homenaje que le hubiera gustado a Sampay y a Dorfman.